

1817), recibiéndolo en San Andrés Chalchicomula al grito de ¡Viva el Rey!, dado por su tropa. Con él se indultaron muchos oficiales y algunos centenares de soldados. Osorno se retiró á vivir á un rancho de su propiedad y la provincia de Puebla, que él había sublevado, quedó pacificada con su sumisión. A fines de 1820 hubo en los Llanos de Apam una conspiración y Osorno fué acusado de complicidad, pero aunque Concha hizo una pesquisa muy severa y dió tormento á varios de los acusados, nada se le pudo probar al antiguo insurgente, que fué, sin embargo, condenado á destierro por diez años, del Reino, sentencia que no llegó á cumplirse por causa de la revolución de Riego en España, que restableció la Constitución. Tomó Osorno parte insignificante en el movimiento de Iturbide, y después de la Independencia siguió viviendo tranquilamente en los Llanos, hasta su muerte, ocurrida en la hacienda de Tecoyuca el 20 de Marzo de 1824. Está enterrado en la Parroquia de Chignahuápan.



DON JOSE MARIA LOBATO

Muy escasas son, por cierto, las noticias que hay de este insurgente, que tanto figuró en las revoluciones de los primeros años de hecha la Independencia, y no sabemos que se haya escrito su biografía.

Hizo toda su carrera militar por escala, sentando plaza de soldado en el Regimiento de Tres Villas, y por primera vez se le cita en 1811, cuando en Mayo de ese año fué el Comandante Don Juan Bautista de la Torre á atacar á Don Benedicto López, que se había hecho fuerte en Zitácuaro; entre las tropas que llevaba se contaba una parte del Regimiento de Tres Villas, del que era Cabo Lobato, el cual cayó prisionero cuando su jefe fué derrotado. Abrazó el partido insurgente y desde entonces sufrió todas las vicisitudes á que se vieron expuestos los que guerreaban en Michoacán. Militó á

las órdenes de Rayón, que lo hizo ascender rápidamente y que ya en Septiembre de 1812 le había dado el grado de Coronel, con el que asistió al ataque de Ixmiquilpan, (Octubre). El Batallón de Lobato era el mejor uniformado y armado de la división, y su jefe tenía el mando de toda la infantería. En vano fué el ataque, pues cuando ya Rayón era dueño de la población, la defección de Chito Villagrán lo obligó á retirarse, haciéndolo la infantería en buen orden, y sin que Casasola se atreviese ni á salir de la plaza.

Siguió Lobato militando á las órdenes de Rayón y de su hermano Don Ramón, sin tener mando especial, pues parece que ambos jefes querían tenerlo cerca de ellos; con el segundo de los mencionados asistió á la acción de Charapaco, (Septiembre de 1813), donde fueron derrotados los realistas gracias á la carga á la bayoneta que dió Lobato, quien quedó herido y fué ascendido á Brigadier. Días después acompañó á Don Ignacio cuando iba á tomar parte en las discusiones del Congreso de Chilpancingo y entonces conoció á Morelos, que se lo llevó al ataque de Valladolid con su Batallón, fuerte en trescientas plazas; también estuvo en Puruarán, y no habiéndose podido reunir con los Rayón, se dirigió al Sur, quedando á las inmediatas órdenes de Morelos. Durante todo el año de 1814 y 1815 que-

dó encargado de la custodia especial del Congreso, y, por consiguiente, lo acompañó en todas sus expediciones; consiguió salvar la imprenta y el archivo en Mayo del último año, cuando Iturbide, queriendo sorprender al Congreso, emprendió una rápida marcha hasta Uruápam; con el mismo motivo prestó ayuda eficaz á Morelos y á Cos, que se quedaron los últimos, hasta haber empacado los archivos.

Acordada la translación á Tehuacán, Lobato con sus doscientos hombres, que formaban la escolta, se puso en marcha, pero se vió obligado á presentar acción en Texmalaca, donde mandó la derecha insurgente; refiere Bustamante que la fuga del oficial Páez, desertor de los realistas, con su sección, desorganizó la derecha, sobre la cual cargaron reciamente los realistas, hasta hacerla huir, con lo que se perdió la batalla, en la que cayó prisionero Morelos. Lobato escapó para seguir cumpliendo su comisión de escoltar al Congreso, y cuando participó á los Diputados la prisión del Generalísimo, aquellos corrieron "como si trajese cada uno tras de su caballo una legión de diablos," dice Bustamante en su pintoresco lenguaje. No permaneció en Tehuacán después de la disolución del Congreso, sino que regresó al Sur, donde acompañó á Bravo, y después á Guerrero.

No consta que se indultase, por lo que

es de creerse que continuaría con este jefe y tomase parte en la revolución de Iturbide; entró con el ejército trigarante y quedó mandando un Cuerpo por algunos meses, reconociéndosele su grado de General. Afiliado al partido yorkino, se declaró partidario de Guerrero en la campaña electoral de 1828, y habiendo sido derrotado este candidato en los comicios, Lobato se pronunció en la Acordada de México con el pretexto de pedir la expulsión de los españoles. Autorizó el memorable saqueo del Parián para atraerse á la plebe, y consiguió que el Congreso anulase la elección de Gómez Pedraza y llamase á Guerrero á la Presidencia de la República.

No hemos encontrado más noticias que las anteriores, de la vida de Don José María Lobato.



DON PABLO GALEANA

Sobrino del famoso Mariscal Don Hermegildo, no llegó á adquirir la nombradía que éste, no obstante que también tomó parte activísima en la revolución.

Se unió á Morelos en la hacienda del Zanjón, y á las órdenes de su tío hizo toda la primera campaña del caudillo del Sur y estuvo en el sitio de Cuautla, donde tuvo el dolor de ver morir á su padre, Don José Antonio, y á su hermano Don Luis, del que ni mención hace la historia y cuyo nombre hemos sabido por un miembro de aquella familia. Terminado ese sitio, quedó con el mando de una pequeña fuerza de las organizadas en Chiautla y concurrió con ella á las campañas de Huajuá-pam y Tehuacán, realizadas por Morelos en 1812. Contribuyó también á la derrota de Labaqui en San Agustín del Palmar, y for-

mó parte del ejército que se apoderó de Oaxaca en Noviembre.

Morelos se lo llevó á la expedición que dió por resultado la rendición del castillo de San Diego de Acapulco. Galeana, que ya tenía entonces el grado de Coronel, recibió orden de apoderarse de la isla de la Roqueta, que tan útil era al castillo y que estaba defendida por una Compañía de infantería, tres cañones, dos lanchas, catorce canoas y la goleta "Guadalupe," recién llegada de Guayaquil. Durante la obscura noche del 9 de Junio de 1813, Don Pablo pudo hacer cuatro viajes consecutivos del continente á la isla, y desembarcar ochenta hombres del Batallón "Guadalupe," con los que atacó á los realistas, que sorprendidos intentaron defenderse, pero en breves minutos fueron hechos prisioneros, sin que hubiese más desgracias que la herida de una niña de las familias que allí estaban refugiadas y la muerte en el mar de otra, que asustada se arrojó al agua. La goleta pretendió huir, pero fué apresada y la ocupación de la isla llevada á cabo de una manera tan atrevida, puso en muy apurada situación al castillo, que ya no pudo proveerse de la isla y que quedó atendido á los buques que accidentalmente pudieran llegar, lo que sucedió una sola vez con el bergantín "San Carlos." Galeana atacó á éste inútilmente, pero se desquitó estableciendo

un estrecho bloqueo cuando el buque partió y consiguió que pocos días después se rindiera el castillo.

Cuando llegó la época de los reveses, Don Pablo tuvo que abandonar Técpan, después de transmitir la orden de que fuesen fusilados los prisioneros realistas; volvió á militar á las órdenes de su tío y se batió con él en Azayac, donde derrotaron á ambos á Barrientos. Muerto Don Hermenegildo, su sobrino quedó en el Sur como Comandante de la línea de Tlalchapa, sin que Armijo intentase nada contra él; puesto de acuerdo con Bravo (Marzo de 1816), se negó á aceptar las proposiciones de Don Ignacio Rayón para ser reconocido como jefe de la revolución; llegaron á las manos unos y otros insurgentes y sólo la mediación de personas respetables hizo que no fuese peor la división y que Rayón desistiese de sus pretensiones. Galeana siguió en el Sur y se retiró á Zacatula, de donde fué expulsado por Armijo en 1818; no pudo éste, sin embargo, conservar el país, y se retiró dejándolo arrasado; Montes de Oca y Galeana volvieron á él y lo ocuparon durante ese año y los siguientes, reconociendo la autoridad de la Junta de las Balsas, pero no la supremacía de Guerrero, el que, por otra parte, no se ocupó de exigir el reconocimiento de ella.

Los sucesos de 1821 encontraron á Don

Pablo Galeana en aquella remota y malsana región del país, y aunque ningún historiador lo cita, es lo cierto que Guerrero sí se acordó de él y le dió aviso del pacto que había hecho con Iturbide, lo que determinó á Galeana á pasar el río é invadir la provincia de Michoacán, adelantándose á ese caudillo, á quien se presentó en ella. Terminada la guerra, disolvió su tropa y se fué á vivir tranquilamente á su hacienda del Zanjón, donde volvió á dedicarse á la labranza, como antes de la revolución. Vivió aún algunos años más y todavía existía en 1844.

Fué el único de su familia que sobrevivió de la revolución, pues su padre, Don Juan Antonio; su hermano, Don Luis, y su tío, Don Hermenegildo, perecieron en ella.



DON BERNARDO GUTIERREZ DE LARA

Este individuo que tomó una parte activa en la revolución de las provincias del Norte, es muy poco conocido.

Era nativo y vecino del pueblo de Revilla, en la provincia del Nuevo Santander, (hoy Tamaulipas) cuando estalló la revolución de Dolores, que contó desde luego con sus simpatías; sin embargo, permaneció quieto, á pesar del paseo triunfal que por esas provincias dió el Mariscal Don Mariano Jiménez, delegado de los primeros jefes á principios del año de 1811. Cuando caminaban Hidalgo y Allende para Béjar, tuvo Gutiérrez de Lara una entrevista con ellos en la hacienda de Santa María, en las inmediaciones del Saltillo, donde recibió de manos de estos jefes el título de Teniente Coronel; diéronle, asimismo, el de Ministro Plenipotenciario cerca de los Estados

Unidos del Norte. Amenazado por Arredondo, recogió en Revilla á su familia y se dirigió á ese país.

Pasóse á Nueva Orleans, y con las buenas disposiciones que encontró en aquellos vecinos países y auxilios que éstos en lo particular le franquearon, logró reunir cuatrocientos cincuenta soldados anglo-americanos, todos aguerridos, duros en el trabajo y fatigas militares, y muy certeros y diestros en el manejo de las armas, los aleccionó previamente, sobre todo en la táctica de aprovechar todos los tiros sin el menor desperdicio de pólvora y balas, de que se hallaba escaso.

Con este puñado de valientes emprendió su expedición para nuestra República; tomó posesión de la villa de Nacogdoches (Agosto de 1812), hallándola abandonada, é hizo lo mismo del presidio de la Trinidad, y después, por sorpresa, de la bahía del Espíritu Santo, con todas las municiones de boca y de guerra. En recobro de este punto se presentaron más de dos mil hombres realistas, comandados por los Gobernadores del Nuevo Reino de León y Texas. Sitiáronlo por espacio de cuatro meses, en el que sostuvo varios ataques: sus soldados hicieron sobre los sitiadores tales estragos, que después de los desastrosos hechos con las guerrillas que dispuso, y numerosas salidas que les dieron, obligó á sus

enemigos á que levantasen el sitio, retirándose para Texas con pérdida de más de una cuarta parte de sus tropas, y sólo catorce hombres de los sitiados. (Febrero de 1813.)

Habiendo salido Gutiérrez de Lara en su persecución, acompañado de algunos indios cojates, alcanzó á los realistas acampados en el paraje llamado del Rosillo, donde les presentó acción: dispuso el ataque en que logró derrotarlos, obligándolos á abandonar el campo, salvándose en la fuga únicamente unos cuantos soldados dispersos; tomóles, además, toda la artillería y parque, caballada y bagajes que conducían. Herrera y Salcedo quedaron prisioneros en Béjar á los pocos días (10. de Abril), y aunque se estipuló que conservarían la vida, la soldadesca, para vengar el fusilamiento de Hidalgo y demás caudillos, pidió su vida y se amotinó hasta conseguir que se les entregasen para darles muerte, sin que Lara pudiera evitarlo.

Lara estableció una junta de gobierno para juzgar á los presos y para arreglar los diversos ramos administrativos de la provincia. Cuando entendía en este negocio, supo Gutiérrez de Lara que el Comandante Elizondo se dirigía sobre Béjar con una fuerza de más de dos mil hombres armados, en la que venía reunida la tropa de Chihuahua. No tuvo paciencia para esperar allí

el ataque, sino que reunido con la de su mando, salió á ahorrarle una parte del camino: encontrólo prevenido y acampado en el paraje que llaman del Alazán, sitio muy desventajoso para una acción de guerra; sin embargo, le presentó batalla, como lo había hecho en el Rosillo: el fuego se sostuvo tenazmente por una y otra parte por cuatro horas, mas al fin se declaró la victoria por Gutiérrez de Lara, teniendo éste la pérdida de veintidós hombres muertos, y cuarenta y dos heridos; el enemigo perdió más de cuatrocientos, y tuvo que abandonar su parque, municiones y una riqueza que en sus ajuares y monturas portaba aquella galana y vistosa división.

Regresó Gutiérrez de Lara con sus despojos á Béjar, y allí supo que el General Arredondo se hallaba en la villa de Laredo con una fuerza de más de mil quinientos hombres; formó incontinenti sus planes de defensa, y se preparó para volver á salir á batirlo, como á Elizondo. La tropa, entusiasmada con las anteriores acciones, se preparaba para obtener este nuevo triunfo, cuando por una de aquellas desgracias que no es dado á los hombres preveer ni evitar, vino á quitárselo de las manos Don José Alvarez de Toledo, hombre de fama por sus intrigas. Este era un americano de las Antillas que había sido nombrado suplente de ellas en las primeras Cortes de Cádiz, don-

de marcó la memoria de su existencia por una intriga.

Residía éste en Norte América, desde donde procuró ganar el efecto del Congreso de Apatzingan, haciéndole creer que era persona muy interesante y capaz de desempeñar la representación nacional mexicana cerca de los Estados Unidos. Sus exposiciones fueron desgraciadamente atendidas, á pesar de los informes que contra él hicieron el Mariscal Don Juan Pablo Anaya, el Dr. Don Juan Robinson, y otras personas dignas de ser creídas; en vano representaron contra él, pues fueron desoídos.

Este hombre, pues, que en la Corte de Washington afectaba ser rival del Enviado de España, obraba en secreto, de acuerdo con él, y no dejaba piedra por mover para frustrar los designios de Gutiérrez de Lara; puso en acción los resortes de la calumnia y procuró desconceptuarlo con su tropa; al intento había colocado en ella varios individuos tan astutos, pérfidos y reservados como él, para que espiasen todas las operaciones de Gutiérrez de Lara y lo desacreditasen por su parte.

Alvarez de Toledo se dejó derrotar en el paraje "El Atascoso," pero logró ponerse en salvo á pesar de haber perdido casi toda su gente, y Arredondo no pudo seguir sus operaciones por haber sido asesinado en esos días por un loco. En cuanto á Gu-

térrez de Lara, después de la derrota que sufrió por haberse unido con Alvarez de la Toledo, tuvo que huir á los Estados Unidos para escapar de ser preso y allí permaneció hasta que se hizo la Independencia, que pudo regresar á Texas. En 1827 publicó un folleto refiriendo su campaña y vindicándose de los cargos que le hacía Alvarez de Toledo.



DR. MANUEL SABINO CRESPO

Este sacerdote desempeñaba la cura de almas en Río Hondo, Obispado de Oaxaca, cuando Morelos ocupó la provincia, en 1812.

Indudablemente se había declarado partidario de la Independencia, dando visibles muestras de adhesión á esa causa, supuesto que cuando se verificó el nombramiento de Diputados al Congreso de Chilpancingo, fué designado como suplente de Murguía y Galardi, que era el electo propietario; mas como éste no pudo concurrir á la instalación del referido Congreso, se llamó al Dr. Crespo para que entrara á substituirlo, como representante por la provincia de Oaxaca, (Septiembre de 1813).

No fueron muchas las comisiones que dicha Corporación encomendó al padre Crespo; pero pueden citarse las siguientes como de más importancia: cuando en Oaxaca fue-

ron acusados el Dr. Don Francisco Lorenzo de Velasco y el Subdiácono Don Ignacio Ordoño, de haber cometido excesos, se había ordenado al Dr. Don José de San Martín que les formase causa, pero como aquéllos lo recusaron, se comisionó entonces al Dr. Crespo para que lo substituyera en esa comisión; sin embargo, el Dr. Velasco había logrado fugarse, y por este motivo no pudo ya llenar su cometido el mencionado Crespo. En Agosto de 1814 también le confirió el Congreso la comisión de que, acompañado de Don Carlos M. Bustamante, fuera á arreglar las escandalosas diferencias ó rencillas que se habían suscitado entre Don Juan N. Rosains y Don Ignacio Rayón, pero éste, apoyado en la fuerza que tenía á sus órdenes, no se prestó á un avenimiento político.

Entre tanto, el Congreso era tenazmente perseguido, y por lo mismo, tuvo que trasladarse á Tehuacán, para ponerse á salvo; pero algunos de sus miembros se dispersaron después de la derrota de Morelos en Puararán. El Dr. Crespo se dirigió entonces á Oaxaca, cuya ciudad estaba ya ocupada por el Brigadier Don Melchor Alvarez, y no queriendo exponerse á las vejaciones del Gobierno realista, ni sujetarse á su autoridad, prefirió ir en busca de Don Ignacio Rayón, que andaba por el rumbo de Zacatlán.

En la cañada de Ixtapa, unidos el Dr.

Crespo y el Intendente Don Benito Rocha y Pardifias, se dirigieron á donde estaba Rayón, caminando en medio de muchos peligros y dificultades. Pocos días después este caudilo fué sorprendido en Zacatlán, el 25 de Septiembre de 1814, por el realista Don Luis del Aguila, quien hizo allí algunos prisioneros, habiendo sido uno de ellos el Dr. Crespo, que salió herido en aquel encuentro. Se le condujo á Apam y se dió parte al Virrey Calleja, para que determinase lo conveniente; pero éste, antes de disponer otra cosa, consultó al Obispo Bergosa y Jordán acerca de lo que convenia hacer con el Dr. Crespo. El referido Prelado opinó que debía decapitársele, no obstante de que le constaba el buen carácter y las virtudes del eclesiástico prisionero, según asegura el historiador Bustamante.

En tal virtud, se encomendó á Don Luis del Aguila la ejecución del reo, pero ese jefe realista, que abrigaba respeto y simpatías hacia el Dr. Crespo, se excusó de cumplir la terrible sentencia, lo mismo que Don José María Jalón; mas obligado éste por estrechas órdenes, aunque con repugnancia y sentimiento, dispuso que los soldados del Batallón de Guanajuato ejecutaran al reo. Sin embargo, aun esos soldados no quisieron manchar sus manos con la sangre del infortunado eclesiástico, por lo que se ordenó que la ejecución la hiciera

un piquete de marina que estaba en Apam. Por fin, el Dr. Crespo fué llevado al suplicio el 14 de Octubre de 1814, y murió con grande entereza, "sellando, dice Bustamante, su amor á la libertad, con su sangre. Sus lecciones fueron muy enérgicas y sus últimas palabras muy eficaces; jamás cesó de repetir que la causa porque moría era justa y la revolución santa y necesaria."

El día de la muerte del valeroso sacerdote, fué de luto para el pueblo de Apam; se lloró sobre su cadáver y sobre el suelo manchado con su sangre; se encendieron velas, se dijeron misas y rogativas por la paz eterna del que sucumbió implorando misericordia y el perdón para los que lo sacrificaron.

El Dr. Crespo, dice Bustamante, era uno de los sacerdotes más sabios y virtuosos de Oaxaca, donde su vida había sido ejemplar.



DR. MARCOS CASTELLANOS

Era Cura de la Palma, Obispado de Guadalajara, el año de 1810. Como casi todos los sacerdotes del rumbo de Occidente, abrazó el partido de la Independencia muy pocos días después de que el Cura Hidalgo la proclamó en Dolores.

El padre Castellanos, unido al célebre Encarnación Rosas, logró reunir alguna gente por el Este de Jalisco, situándose ambos en el fuerte llamado de Jamay, inmediato á la Barca, á donde fué á batirlos el Oidor Recacho, de Guadalajara, con una fuerza de quinientos hombres que fueron allí completamente derrotados por los insurgentes, haciendo rodar enormes peñascos que causaron graves pérdidas al enemigo. Esta victoria de Rosas y del padre Castellanos, ocurrida á fines de 1810, dió vigor y prestigio á la revolución en aquella

parte de Jalisco, pues los referidos caudillos vieron bien pronto aumentadas sus filas y extendido el radio de sus operaciones guerreras, posesionándose de casi todos los pueblos de la laguna de Chapala, desde donde amenazaban á la Barca y otros lugares de aquel rumbo.

La isla de Mexcala fué su centro de operaciones, habiéndoseles unido allí el jefe indígena de dicho pueblo, José Santa Ana, con todos sus indios: el padre Castellanos comprendió la importancia militar de ese punto y lo hizo ver á Santa Ana, para que cuanto antes se fortificase en él y no lo ocupasen los realistas. Varios fueron los combates en que tuvo parte el padre Castellanos, pero hay que mencionar como principales, el de Itzican, donde Rosas derrotó completamente á Don Antonio Serrato, el 10. de Noviembre de 1812; el de Poncitlán, en que corrió igual suerte el Comandante realista Don Rafael Hernández; el que sostuvieron contra el Cura Don José Francisco Alvarez, que salió herido, y también derrotado; el de la isla de Mexcala, el mes de Febrero de 1813, en que los atacó el Coronel Linares, quien sucumbió sin poder ocupar la citada isla; el del Puerto de la Peña y el del Puerto del Vigía; y por último, el nuevo ataque á Mexcala, cuyo hecho refiere Don Ignacio Navarrete en su "Compendio de la Historia de Jalisco,"

en los siguientes términos: "No siendo posible tomarles aquella fortaleza, Negrete, (Don Pedro Celestino) reunió muchos botes construidos en San Blas é innumerables canoas y los atacó con respetable fuerza; mas se defendieron con tal vigor y agilidad en su combate naval, que volcaron algunos botes é hicieron retroceder á Negrete, habiendo recibido una herida de piedra en una mano. ¡Así el vencedor de Torres fué humillado por unos pobres indios! Después de esto ya no se pensó en atacarlos, sino en rendirlos por hambre, y con tal objeto se situaron muchas fuerzas y botes en todos los contornos del Lago, hasta que faltando los víveres á los insurgentes, capitularon honrosamente en Noviembre de 1818, es decir, después de seis años de victoria. Entonces entregó la fortaleza el Presbítero Castellanos, y el Indio Santa Ana aún permaneció de Gobernador por un año.

El padre Castellanos y el Coronel Santa Ana se presentaron al fin á recibir la gracia de indulto en Tlachichilco, el 25 de Noviembre del citado año de 1818, después de haberse agotado los víveres y de haber hecho cuanto humanamente era posible por defender la posición.

Después de consumada la Independencia vivía el padre Castellanos en el pueblo de Axixic, donde permaneció algún tiempo, encontrándose pobre, avanzado de edad, acha-

coso y olvidado, como si sus patrióticos servicios nada hubieran valido en favor del triunfo de la Independencia; Bustamante lo recomendó al Gobierno local, pero parece que éste nada hizo por él. Probablemente el padre Castellanos murió en dicho pueblo el año de 1826.



DON PEDRO VILLASEÑOR

Este insurgente es de los muy poco conocidos, debido á que sus campañas las hizo allá en la parte más fragosa y escondida de Michoacán, y á que más que militar, fué político.

Pertenecía á la rama de los Villaseñor del Sur de Jalisco, y se adhirió á la revolución cuando Hidalgo estuvo en Guadalajara; allí ingresó al ejército y estuvo en la batalla de Calderón, y en la retirada hasta el Saltillo á las órdenes de Allende; permaneció con Rayón y lo acompañó á Zacatecas, donde ese jefe le dió la comisión de expeditar la introducción de víveres á la ciudad, operación que estorbaba Bringas, el cual se había situado con su destacamento en Ojo Caliente. Villaseñor fué en busca suya y lo atacó, dejando en el campo á Bringas y en completa dispersión á su gente, (Abril de

1811). Concurrió á la acción del Maguey, donde quedó gravemente herido, y fué llevado á la sierra de Colqtlán, en cuyo punto lo atendió diligentemente el padre Calvillo.

Hasta siete meses después estuvo en disposición de volver á empuñar las armas, y púsose en camino para Quitúpam, pero la suspicacia de Cruz no le permitió permanecer allí mucho tiempo, viéndose obligado á dirigirse á la Purificación, en la costa, donde acabó de reponerse, y después de permanecer todo el año siguiente en aquellos parajes, se dirigió al Sur y se alistó en el ejército de Morelos, que lo destinó á la administración de la provincia de Tecpan, en cuyo puesto había estado Don Leonardo Bravo. Pocas ocasiones tuvo allí de combatir, á causa de que los realistas no llegaban hasta aquellos parajes, no obstante las derrotas que sufrió Morelos, y que Armijo había forzado los vados del Mexcala. Cuando el Congreso de Chilpancingo empezó á emigrar por todo el Sur, se unió á él Villaseñor, que al fin fué designado diputado al terminar su comisión algunos de los diputados que lo habían inaugurado, entre ellos Quintana Roo, del que fué sucesor.

Tomó parte de él en 1815, y aunque fué de opinión que debía trasladarse á Tlaxcala, no lo acompañó en su viaje, por haber quedado en comisión, dada por Morelos, pe-

ro estaba él entendido, así como el Dr. Argandar, de que debía unirse á él, lo cual ya no verificó, por haber tenido noticia de que ese Cuerpo había sido disuelto por Terrán. Continuó, por lo tanto, en Michoacán, y fué de los primeros en reconocer á la Junta de Uruápan, (Marzo de 1816). Como Don Ignacio Rayón le negase la obediencia y aun pretendiese que lo reconociesen todos los jefes del Sur, de grado ó por fuerza, para evitar el rompimiento de hostilidades, Villaseñor, en compañía del padre Talavera y de Don Ignacio Pineda, entablaron negociaciones con Galeana (Don Pablo), con Bravo y con Don Ramón Rayón, consiguiendo que los dos partidos no llegasen á las manos. Reorganizada después de estos sucesos la Junta, Don Pedro Villaseñor formó parte de ella, en compañía de Don Ignacio Ayala, del Canónigo San Martín, Don Mariano Tercero, Don José Pagola y de Don Mariano Sánchez Arriola. Esta Junta, que al fin se estableció en el fuerte de Jaujilla, ordenó la prisión de Rayón, que verificó Bravo, trató con Mina y envió auxilios á Mexcala en la laguna de Chapala.

El 28 de Septiembre de 1817, tuvo que abandonar Jaujilla, por causa del sitio que se le puso, y se estableció en la rancharía de Zárate, integrada por San Martín, Cumplido, antiguo miembro del Congreso, y Vi-

llaseñor; pero habiendo caído prisioneros San Martín, y luego Ayala, que lo reemplazó, quedó desorganizada, y hasta que no se reunieron en Huetamo (Marzo de 1818), Pagola, Arriola y Villaseñor, no formaron la nueva Junta, que duró tres meses, pues Armijo fusiló á Pagola y á Bermeo el Secretario. Guerrero trató entonces de organizar una nueva Junta en la hacienda de las Balsas, por lo cual llamó á Villaseñor y á Arriola y les dió por compañero al Lic. Don Mariano Ruiz de Castañeda, pero ni dos meses funcionó la nueva asamblea, pues Arriola fué aprehendido, Castañeda se indultó, y Guerrero, derrotado, por poco cae prisionero. Don Pedro Villaseñor quedó sólo y se vió obligado á huir á lo más áspero de la sierra que corre paralela al río, sin querer indultarse, por más proposiciones que se le hicieron. Meses después, el subdelegado de Apatzingan, señor González Ureña, consiguió de él que se fuese á vivir á su casa, prometiéndole que estaría en completa seguridad; consintió el insurgente y se presentó ostentando una larguísima barba, pues hacía más de un año que no se afeitaba.

No tomó parte en la revolución de Iturbide, y una vez hecha la Independencia, salió de la casa donde se había refugiado; desempeñó algunos empleos de poca importancia, se negó á presentarse ante la Junta de Recompensas, y formó parte del Conse-

jo de Estado de Michoacán, dando muestras en todos los empleos que desempeñó, de una gran cordura y de una honradez á toda prueba. Falleció en Morelia por el año de 1849.